

hasta extremos intolerables) la presencia en ediciones universitarias de erratas innumerables: libros, por otra parte, muy meritorios y hasta fundamentales en su campo, (y otros menos meritorios también) publicados en universidades españolas (que no quiero ahora citar) salen con infinidad de erratas: y esto no es trabajo universitario, ni editorial universitaria ni nada: es una chapuza: si el autor es el responsable por no corregir las pruebas con meticulosidad, mal; y si lo es la editorial universitaria que no entrega o no cuida de corregir las pruebas, mal. Perjuicio para el lector, perjuicio para el autor, y perjuicio para la filología, que bastantes achaques tiene como para echarle encima la inescrupulosidad de tanto millón de erratas: ya que no podemos acabar con otras corrupciones universitarias, acabemos, al menos, con algunas erratas: errata *delenda est!*...

Ignacio Arellano
Universidad de Navarra

JARAVA, Juan de, *Diálogo del viejo y del mancebo*, ed. de Jaime J. Martínez, Roma, Bulzoni Editore, 1992, 63 pp.

Una muestra más del creciente interés por el diálogo como género representativo de la cultura renacentista es la publicación de éste, casi olvidado, por Jaime J. Martínez en el duodécimo número de los «Quaderni della Ricerca» de la Facultad de Letras de la Università degli Studi de Milán.

J. J. M. nos ofrece la edición facsímil de uno de los tres diálogos (*Icaro Menippo o Menippo el Bolador*, traducción del de Luciano, el *Diálogo del Viejo y del Mancebo* y el *Colloquio de la Moxca y de la Hormiga*) incluidos por el médico Juan de Jarava en su obra *Problemas o preguntas problemáticas así de amor como naturales...*, aparecida en las prensas de Rutgero Rescio, Amberes, en 1544.

A la reproducción facsimilar de la segunda edición (Alcalá, 1546), corregida y aumentada por el propio Jarava (31-51), antecede un estudio preliminar (7-27) y sucede la transcripción —con la ortografía modernizada y las abreviaturas resueltas— del texto (53-63).

En este diálogo se introducen dos personas, que son Olympio y Florencio los quales, estando en un combite cenando con otros muchos y hablando de diversas cosas, se hizo mención

del amor; y como Florencio fuese mancebo de hasta xxiii años, dado a lo que aquella edad requiere, comenzó a loar y dezir mil bienes del amor... Mas Olympio, por el contrario, siendo viejo de LX años o más y que no le deleytava ya ninguna cosa de las mundanas, vituperaba de muchas maneras el amor... (del *Argumento del Diálogo*, 54).

En el estudio se justifica el interés del diálogo por participar a un tiempo de la técnica dialogística medieval y del nuevo espíritu renacentista. En perfecta continuidad con la tradición de los debates medievales, viejo y mancebo ofrecen en su disputa argumentos nada originales a favor y en contra del amor, sazoados, eso sí, de erudición; recurso a los clásicos (motivos mitológicos e históricos, indistintamente), a la Sagrada Escritura y a otros autores cristianos.

Existían dos tradiciones dialogísticas muy diferenciadas por sus elementos constitutivos y por reflejar dos mundos social, económica y culturalmente, muy distantes entre sí. Sin embargo, esta oposición no fue nunca tan clara ya que lo que tradicionalmente se viene considerando como diálogo renacentista típico no fue la única forma que siguió el género durante el siglo XVI. (...) Es en este sentido en el que debemos entender la obra dialógica de Juan de Jarava (10-11).

A continuación, procede a analizar pormenorizadamente el texto (personajes, 12-15; marco espacial, 15; marco temporal, 15-17; desarrollo temático, 17-27) y a relacionarlo con otros textos coetáneos, intentando dar razón de la doble naturaleza (medieval y renacentista) del diálogo.

Grande es la utilidad de la publicación del texto de Jarava, autor olvidado, que ha pervivido en los grandes repertorios más como divulgador científico y traductor de Erasmo que como creador. Supone una válida aportación al estudio del complejo tránsito de la literatura llamada medieval a la moderna. No obstante, ganaría mucho el trabajo con la anotación del texto (especialmente, en lo referente a las fuentes de las múltiples referencias eruditas), una labor que hubiera culminado el loable esfuerzo del editor.

En cuanto al valor interpretativo del estudio, constatamos que, en tanto J. J. M. se ciñe al texto que edita (partiendo de su personal análisis) y a la bibliografía más autorizada, el estudioso de la literatura de «transición» encuentra en él un utilísimo material de trabajo.

Sin embargo, creo percibir la aplicación de ciertas fórmulas preconcebidas que obstaculizan la reflexión. Por ejemplo, en la tajante distinción entre lo medieval y lo renacentista (8-10), con la consiguiente contraposición de mentalidades. Así, se habla de «la representación en el diálogo medieval de un universo social cerrado en el cual el principio de participación activa de pluralidad no existe y, por tanto, el diálogo deriva bien en debate, bien en desafío, como consecuencia de un concepto bélico de la existencia» (8-9) frente a «un concepto de participación civil mediante la conversación, el intercambio de saberes y experiencias a través del lenguaje. Todo esto coadyuva a la creación de una ficción conversacional en la que la posibilidad de intervenir sin un orden prefijado en los interlocutores, de cambiar de tema y de hacer avanzar el diálogo a partir de diversas intervenciones, son garantía de realismo y de verdadera coparticipación en el acto social de la discusión» (10).

El editor concluye con acierto que el diálogo de Jarava sigue fiel a la tradición del género de debates medievales. Sin embargo, parece percibirse un intento de justificación del médico erudito cuando se insiste en la percepción de una nueva mentalidad. Una labor de anotación podía haber revelado al editor la íntima semejanza entre la función de la materia clásica en este diálogo y en autores cuatrocentistas, como por ejemplo, el Marqués de Santillana (*El Infierno de los Enamorados*, *el Sueño*). Precisamente, identificar un elemento de continuidad que rompe la tradicional y un tanto rígida clasificación historiográfica nos lleva a comprender mejor los más que difusos límites entre nuestra literatura medieval y la renacentista.

Señalemos, por último, dos errores de imprenta sin demasiada importancia, pues saltan a la vista. Al menos en tres ocasiones se da «Javara» por «Jarava» (7). Algo semejante ocurre en las páginas 18 y 23 cuando se da «Francisco de Rojas» por «Fernando de Rojas».

Francisco Crosas López
Universidad de Navarra

LONDON, John, *La verdad sospechosa*, de Juan Ruiz de Alarcón, Madrid, Ciclo Editorial (colección Claves de), 1990, 112 pp.

Esta famosa comedia del Siglo de Oro se somete a un pormenorizado análisis dentro de las condiciones habituales de una colec-